

LA BARBARIE PATRIARCAL DE *MAD MAX* AL NEOLIBERALISMO SALVAJE

Patriarchal barbarism. From *Mad Max* to savage neoliberalism

Victoria Sendón de León

Filósofa y escritora (España)

Analizo en este artículo el contenido de mi libro *La barbarie patriarcal. De «Mad Max» al neoliberalismo salvaje* (2019), cómo, a partir de un imaginario atávico androcéntrico y de su repetición *ad infinitum* en todos los campos sociales, se va construyendo un modelo hegemónico patriarcal en cada momento histórico. El texto se enriquece con la crítica a las aportaciones de grandes autores situados entre la filosofía, la sociología y el psicoanálisis: Freud, Foucault, Irigaray, Lacan, Bourdieu y Butler, entre otros.

Palabras clave

Patriarcado, feminismo, psicoanálisis, mujeres, poder

I analyze in this article the content of my book, *Patriarchal barbarism. From Mad Max to savage neoliberalism*, how from an androcentric atavistic imaginary and its repetition *ad infinitum* in all social *campus*, a patriarchal hegemonic model is being built in each historical moment. The text is enriched with criticism of the contributions of great authors, situated between philosophy, sociology and psychoanalysis: Freud, Foucault, Irigaray, Lacan, Bourdieu, Butler, among others.

Keywords

Patriarchy, feminism, psychoanalysis, women, power

Introducción

«Si tuvieras que definir el patriarcado en una frase, ¿qué dirías?», me preguntó a bocajarro una querida colega de Colombia. A mí me pareció un reto demasiado difícil para responderlo así, en una frase. Le dije que lo tenía que pensar, pues una cosa era una descripción y otra, muy distinta, una definición llena de precisiones. Es, sin embargo, la tarea filosófica por excelencia, como proponía Deleuze: la creación de conceptos. Bueno, pues, después de la comida, yo hice mi siesta, tan española, y al despertar escuché dentro de mí la siguiente frase: «Es una psicosis estructural performativa». ¿Cómo? Ni yo misma lo entendía. Se lo conté a mi amiga y rápidamente nos pusimos a consultar diccionarios hasta que dimos con la performatividad, un concepto de la filosofía lingüística, que era un territorio que yo no había transitado, salvo lo que había leído de Wittgenstein. Indagando en el tema, descubrimos a John Austin y su largo artículo *Performative Utterances*, traducido al español en *Cómo hacer cosas con palabras* (Austin, 1981), y comencé a entender. Respecto a la «psicosis estructural», mis investigaciones me llevaron a Jacques Lacan (Julien, 2012). Bueno, pues ya tenía por dónde empezar. ¡Eureka!

A golpe también de intuición, consulté la ingente obra de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente* (2007), en la que el autor llega a comparar hasta nueve culturas diferentes en sus tres fases de desarrollo, plenitud y decadencia. Entonces caí en la cuenta de que, bajo esas culturas tan distintas, existía en el subsuelo de todas ellas una *civilización de referencia oculta*, que era, precisamente, el patriarcado. Ya tenía los mimbres para comenzar la canasta. Suponía también el entramado sobre el que se teje un tapiz. Vemos el dibujo de esa historia o los símbolos que se nos muestran, pero no reparamos en el tejido en sí. Y como las mujeres siempre hemos sido tejedoras, me las ingenié para ir descubriendo la trama (lo *Real*) por debajo del dibujo (la *realidad*). Y esa fue la clave para ir tirando del hilo de todo ese entramado que posibilitó las diversas culturas que Spengler nos relataba. Hasta llegar a nuestro mundo actual, claro.

Nos han mentido, sí, siempre nos han mentido los historiadores del poder instituido. Unos por cierta ignorancia al no profundizar más en las historias que contaban; otros porque mentían a sabiendas construyendo un relato *ad hoc*. A los pocos que se han adentrado por los vericuetos del sistema o en los del propio sujeto, Paul de Ricoeur los bautizó como «maestros de la sospecha»: Nietzsche, respecto a la moral judeocristiana del resentimiento; Marx, como analista de las relaciones y lucha de clases; Freud, descubridor de ese inconsciente que echaba por tierra todas nuestras ilusiones de racionalidad. En-

tonces comprendí que no vale la pena escribir sobre cosas que ya sabemos sin intentar profundizar en la clave última que ha hecho posible el entramado y su relación con la figura. ¿Por qué pasan las cosas que pasan? ¿Por qué las cosas son como son? Y descubrí esa «psicosis estructural» que es el patriarcado, dirigido desde siempre por los mayores psicópatas de cada época, como, en la economía, un casino regentado por ludópatas. Y también descubrí que es muy fácil apacientar al rebaño humano con palabras y discursos: leyes que parecen justas, pero que son ilegítimas; noticias que son siempre un señuelo; engaños económicos que simulan ser azarosos, como hemos visto recientemente en Wall Street, y no lo son; ciertas diferencias de sexo, de raza, de clase que sirven para fundamentar «desigualdades» que perviven durante siglos. En fin, que la misma estructura patriarcal es la que había que poner bajo la lupa de la sospecha.

Mi propósito es mostrar «cómo cualquier intento de revolución o de cambio en el sistema político o en los modelos productivos está condenado al fracaso si no tiene en cuenta esa trama que subyace como *matriz* de todo lo demás. Se trata de una matriz inconsciente que se manifiesta, multiplica y repite en todas las manifestaciones relevantes de nuestras civilizaciones conocidas: en la cultura, la política, la familia, la economía o la religión» (Sendón de León, 2019).

Es un tema viejo en filosofía, pues ya Platón afirmó que vivíamos en una *matrix* a la que llamó caverna. Y buscando esa *matrix* me adentré a indagar sobre la estructura interna del patriarcado, que, por muchas reformas y revoluciones, sigue triunfante e imparable, a pesar de las leyes igualitarias que han sido promulgadas para tratar de solventar la situación de discriminación que viven las mujeres en general. Sin embargo, no se trata solo de eso. El feminismo lleva años luchando contra el «machismo», que resulta ser solo un síntoma del patriarcado, sin haber caído en la cuenta de que se trata de una estructura mucho más abarcante. Entre el mundo Real que descubre el filósofo de la caverna y la realidad que perciben los sujetos aherrojados en ella, siempre existe un decalaje que es el tema propio de la filosofía. De este modo, recordé autores que habían expuesto esas diferencias significativas en diversos niveles, esas diferencias que existen entre «lo que es» y «lo que hay»; por ejemplo, Luce Irigaray (1974), que distingue entre el espejo, que refleja una realidad externa en la mujer, y el *speculum*, que nos descubre ese mundo secreto que habita en ella; Guy Debord (1990), que reflexiona sobre el abismo existente entre el espectáculo (la realidad) y la vida (lo Real); o el físico David Bohm (1987) y su brillante teoría sobre el «orden explicado» (lo que se manifiesta) y el «orden implicado» (su origen). Y como ejemplo visual y entendible

por todo tipo de lectores, ahí estaba el film *The Truman Show*, que nos muestra un *reality* en el que el propio protagonista vive engañado sobre quién es y el mundo en que vive. Truman podría ser cualquiera de nosotras, y nuestra vida, un trasunto de aquella.

El patrón de un fractal

La tarea siguiente consistía en seguir la pista del patrón que regía el dominio patriarcal a lo largo de siglos y milenios. Y llegué a la conclusión de que su modelo se rige por las siguientes pautas: transformación de las diferencias en desigualdades según una jerarquía arbitraria, establecimiento del poder a partir de una genealogía, subsidiaridad de las mujeres y de lo femenino, desprecio y dominio de la naturaleza y la guerra como institución. Así pues, en conclusión: el patrón X, como modelo original de los distintos campos sociales, es un *imaginario atávico androcéntrico* que sueña con ser dios, un dios absoluto que ha perdido empatía con el mundo en un delirio muy alejado de la razón, de la sensatez y de la inteligencia. Lo peor, con todo, era el tipo de personalidades que había ido conformando tanto en hombres como en mujeres.

La «plantilla psíquica» impuesta por el patriarcado es como la cabeza del dios Jano con dos caras antagónicas o complementarias. La cara masculina ha engendrado un *ego hipertrofiado*, es decir, inflado, fatuo, estúpido e insensible que ha provocado los mayores males en el mundo, y la cara femenina, una *atrofia de la autoestima*, que impide a las mujeres rebelarse verdaderamente respecto a las servidumbres que les han sido impuestas y las impele a seguir siendo serviciales incluso con sus maltratados. (Sendón, 2019).

Buscando una buena metáfora que me sirviera para reflejar cómo aquel patrón se repetía en todos los campos sociales, encontré que la *estructura fractal* podía constituir un modelo eficaz para su comprensión. Los fractales forman parte de la nueva matemática, ya que solo han podido registrarse matemáticamente gracias a ordenadores muy potentes y que fueron descubiertos por Benoit Mandelbrot en 1970. Olvídense de la geometría euclidiana que estudiamos en el colegio; esta es una geometría abstracta y, sin embargo, la geometría del universo es fractal. Un fractal es el resultado de un proceso geométrico muy simple que, por su repetición infinita, da lugar a estructuras tremendamente complejas. Las nubes, los árboles, los bosques, las montañas, las galaxias, los mandalas o las flores son de geometría fractal: «Una rosa es una rosa, es una rosa, es una rosa...».

Siguiendo esta pista, me encontré con que, a partir de un *imaginario atávico androcéntrico* y de su re-

petición *ad infinitum* en todos los campos sociales, se va construyendo un *modelo hegemónico patriarcal* en cada momento histórico. De aquella simplicidad surge esta complejidad. Y todos esos *campus* están relacionados por un mismo *habitus*, que es la lógica que rige en cada uno de ellos. En esto difiere de Pierre Bourdieu, quien afirmaba que cada uno de los campos tiene su propia lógica, pero, en este caso, es el mismo *patrón* el que funciona en todos ellos; por tanto, la misma lógica. Con este esquema he ido analizando los campos que me parecen más determinantes en el conjunto social: la economía, la política, la cultura, la religión y la función determinante del patrón X, que es, en definitiva, ese imaginario atávico androcéntrico que ha ido adaptándose para sobrevivir en cada momento de la historia, imponiéndose por encima de otras posibilidades. Un imaginario que sueña con ser dios, un dios absoluto que ha perdido la relación con el mundo en un delirio muy alejado de la razón, de la empatía y de la libertad. Hasta este momento histórico, la barbarie patriarcal se sigue reproduciendo.

Del falo al omphalós

La importancia del psicoanálisis freudiano ha sido definitiva en nuestra cultura y en la percepción del sujeto desde la segunda mitad del siglo XX hasta ahora. Lacan, el más significativo de los seguidores de Freud, decide puntualizar que cambian ciertos aspectos, pero, en su fidelidad al maestro, mantiene el famoso «complejo de Edipo» y, cómo no, la preeminencia del *falo* entre todos los otros significantes. Retomando a Freud, vemos que el *falo* no es una fantasía producto de un efecto imaginario, pero tampoco es un objeto (parcial, interno, bueno, malo...). Menos aún es el órgano, pene o clítoris que simboliza, y si el *falo* no es un órgano ni una fantasía, tiene que ser un significante, es decir, algo que no agota su significación en el objeto. Es más, no es solo un significante, sino el significante supremo según Lacan: «Pues es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia significativa» (Lacan, 1976). Y esto apunta a que el *falo* determina el orden social del resto de los significantes, lo cual provocó la reacción de Michel Foucault, quien le critica que conciba la sexualidad como la verdad última, fundamento de la ética.

Referente a esta cuestión, Luce Irigaray, otra psicoanalista y filósofa, feminista de la diferencia sexual, polemiza con su propio maestro, lo que le valió la expulsión de la Universidad de Vincennes, así como de la École Freudienne de París, fundada por Lacan. Su tesis versaba sobre que, si la mujer funciona como simple espejo para el hombre, este, ante un

El feminismo lleva años luchando contra el «machismo», que resulta ser solo un síntoma del patriarcado, sin haber caído en la cuenta de que se trata de una estructura mucho más abarcante

vacío aparente, ante una carencia y, por tanto, ante la supuesta inferioridad de la mujer, se siente un ser superior. Por tanto –y en este caso frente a Beauvoir– buscar el espacio propio de la mujer comparándose con el varón o con el modelo masculino implica admitir la validez de ese modelo, que está viciado en su origen. Tesis que comparto absolutamente, porque, si no admitimos que la naturaleza y el sujeto universal es a dos: hombre y mujer, privaremos al mundo de su pluralidad, diversidad y riqueza. Muchos años después, hasta el momento, será Judith Butler con su obra *El género en disputa. Feminismo y la subversión de la identidad* (2001) la principal enemiga del «feminismo de la diferencia», ya que según ella toda identidad es una construcción discursiva, pero sin una realidad anterior a ese discurso, ya que nada es natural porque todo es cultural, lo que nos ha llevado a la performatividad de crear realidades nuevas con palabras, como es el caso de un nuevo sujeto definido como «persona trans» o *queer*, pues, como para esta autora todo es género y no existe el sexo, es posible toda una panoplia de identidades, que consiguen borrar el término «mujer» como identidad real y natural.

Mi respuesta es que la teoría fálica está pensada desde una episteme y un tipo de sociedad falogocéntrica, mientras que lo Real, que subyace ante esta realidad que aparece, es la Mujer, ya que el útero es anterior al falo. Desde otra episteme, podríamos afirmar que la «denominación de origen» de cualquier ser humano sería el *omphalós*, es decir, el ombligo, la marca imborrable que certifica que todos somos «nacidos de mujer», lo cual no es una construcción performativa. En varias ciudades cretenses de la época minoica y en otras, encontramos que un gran *omphalós* presidía el lugar más sagrado de la ciudad en memoria de la Gran Madre.

Sin embargo, me quedaba por interpretar qué significaba en esta civilización la «psicosis estructural». Se entiende por psicosis un trastorno de la personalidad que incapacita para la vida real o bien provoca un comportamiento asocial. Pero ¿qué su-

cede cuando esa psicosis afecta a la estructura misma de la civilización? Pues bien, Lacan afirma que la estructura psicótica forma parte de cualquier sujeto de modo latente. Y es latente porque, como vivimos en una sociedad psicótica en sí, no nos percibimos como tales, salvo que se dé un accidente trágico en nuestras vidas: la muerte de un hijo, una guerra, una pandemia, una ruina económica, una separación traumática, etcétera. Un día, lo sucedido carece de sentido porque ningún símbolo conocido puede traducirlo: «no hay palabras». En caso de poder seguir asimilados al orden simbólico de la Ley-del-Padre, ya sea por la religión u otros referentes, podríamos bordear la manifestación delirante de la psicosis sin caer en ella. De lo contrario, se crea un vacío simbólico insoportable, un sinsentido, porque los significados ya no se ajustan a los significantes. Y como el falo es el significante supremo, la dimensión femenina ya no tiene relevancia y carecemos de un suelo real que nos sustente. La madre ejerce una simple *función*, pero el padre implica un *estatus*, de ahí que el psicoanálisis freudiano lo que trata de investigar a través de los complejos de Edipo y de castración es qué significa ser un padre. Es decir, que la mujer vive reducida en el estado de naturaleza, mientras que el varón tiene la misión de participar en la dialéctica del Espíritu, que ya señaló Hegel. Pero este Espíritu, que parece que nos da sentido, es algo tan loco que podemos certificar una real psicosis social estructural.

El hombre, para ser, en efecto, verdaderamente *hombre*, y saberse tal, debe pues imponer a otros la idea que se forja de él mismo: debe hacerse reconocer por otros (en el caso límite ideal: por todos los otros). O más aún: debe transformar el mundo (natural y humano) donde no es reconocido en un mundo donde ese reconocimiento sea posible. (Kojève, 1975).

Este es el proceso que significa nada menos que la dinámica del desarrollo dialéctico del Espíritu, lo que no es de extrañar en una civilización patriarcal basada en el dominio y en el falo como significativo primero. Una civilización realmente psicótica. El camino trazado es totalmente irracional y el mundo que propone es inviable, porque no coincide con un desarrollo realmente humano, además de proclive al totalitarismo y contrario a la razón, el instrumento más jaleado por una Modernidad que ya se muestra insuficiente en sus presupuestos. Como escribía Hannah Arendt, «la propaganda totalitaria puede atentar vergonzosamente contra el sentido común solo donde el sentido común ha perdido su validez» (Arendt, 2006).

Ante semejante dislate, me pregunto si habría forma de provocar una salida, un cambio sistémico, y para ello me remito a los estudios e investigaciones realizados por el Mental Research Institute de

Palo Alto (California), dirigido por Paul Watzlawick (2007), que distingue entre los cambios producidos dentro del sistema, que aplica la *teoría de grupos*, y el cambio sistémico, yendo más allá del sistema mismo, aplicando la *teoría de los tipos lógicos*, es decir, «el cambio del cambio», concluyendo con los siguientes presupuestos, propios del pensamiento sistémico: 1) Las propiedades de las partes no son propiedades intrínsecas. 2) No existen partes u objetos, sino relaciones. 3) La metáfora del conocimiento como construcción queda reemplazada por la red. 4) Ninguna propiedad del sistema es la fundamental. 5) La epistemología debe ser incluida en el proceso de conocimiento. Exposición esta que se completa con la teoría de Ilya Prigogine de las *estructuras disipativas*, que nos sirve de guía en los momentos de crisis del propio sistema, en los momentos de transición entre el caos y el orden, ya que el caos significa una situación lejos del equilibrio, que cuando sufre una perturbación inicia un proceso llamado *punto de bifurcación*, es decir, el punto en el que el sistema busca nuevas soluciones para volver al equilibrio, aplicable no solo en la física o la química, sino en las sociedades humanas. En este punto crítico se ensayan varios caminos, pero solo funciona el que vaya en la dirección evolutiva; de no encontrarlo, el sistema colapsa. Esta última opción podría verse explicada, por ejemplo, en la caída de los grandes imperios y en las revoluciones frustradas, en las que no se ha salido del sistema profundo y se han repetido determinados presupuestos de dominio del sistema anterior. Es decir, no se han liberado del sistema patriarcal.

El tiempo de los bravos

No he querido en esta obra dejar atrás a los varones, a los que quieren renunciar a sus privilegios y propiciar un cambio real. Una misión no imposible, pero sí difícil, ya que muchos de ellos son víctimas de una curiosa estructura esquizoide. Es un poco desolador contemplar cómo entregan sus vidas y su talento a diversas causas o profesiones mientras son incompetentes en sus vidas privadas, en sus relaciones afectivas o en su crecimiento personal en el nivel más íntimo. Para ello propongo *invertir los indicadores* a fin de confrontarlos con el espejo de lo Real, es decir, que no se trata ya de considerar cuántas mujeres prostituidas pueden contabilizarse en un país, por ejemplo, sino cuántos hombres pagan por violar y humillar a mujeres impunemente; ni cuántas mujeres son maltratadas o cuántos niños abusados, sino cuántos maltratadores y abusadores andan por ahí como depredadores rampantes sin por ello disminuir su prestigio social. ¿Cuál es el imaginario de muchos hombres para seguir inmersos en la barba-

rie que arrastramos durante siglos? Sin embargo, la compasión y la atención por mujeres víctimas hacen la función de niebla espesa que invisibiliza a los victimarios.

Tras varios ejemplos históricos y actuales, reflexiono sobre las etapas que tiene que superar un verdadero hombre para transitar de macho a hombre y de ahí a persona, que es donde los dos sexos nos encontraremos. También explico cómo comenzó todo, cómo el patriarcado es una realidad histórica desde las invasiones de los *kurgos*, como ya apuntó Marija Gimbutas gracias a sus excavaciones y recogió en su obra *Diosas y dioses de la vieja Europa* (Gimbutas, 2007), obra inexcusable para quienes estén interesados en conocer este origen en el tiempo, así como la magnífica divulgación que realiza de ella Riane Eisler (1990). Afortunadamente, todo lo que comenzó históricamente puede terminar históricamente. Desbanca así el mito de que las mujeres siempre hemos estado sometidas a lo largo de la historia, como afirmaba Simone de Beauvoir. Por el contrario, esto no sucedió hasta las invasiones periódicas entre, más o menos, el 4500 a. C. y el 1400 a. C., en que cayó la isla de Creta, último bastión de una civilización matriarcalista, entrando así en un estado de barbarie generalizado, que es lo que me hace compararlo con la serie de *Mad Max*, y de ahí el subtítulo.

Tras esta exposición, analizo cómo surgió la figura del héroe con *Gilgamesh* (anónimo, 1980) en la civilización sumeria, haciendo un recorrido por las tres etapas que representan distintos héroes patriarcales, como Heracles (Hércules), Teseo y Cadmo, con el contrapunto de otros héroes con *ánima*, como Prometeo, Dionisos y Orfeo, según clasificaciones de Carl Gustav Jung, para quien «la hazaña principal del héroe es el triunfo sobre el monstruo de las tinieblas: es la victoria esperada, anhelada, de la consciencia sobre el inconsciente». Sorprendentemente, tanto para Nietzsche como para Jung el verdadero protagonista del cambio es el héroe Niño, capaz de transformar los antiguos valores y superar el arquetipo del «hombre». Jung afirmaba que el arquetipo del *niño* es un recuerdo de la propia infancia y pertenece a la humanidad, no solo al individuo, de acuerdo con su concepto de «inconsciente colectivo». «El motivo del niño representa el aspecto preconsciente del alma colectiva» (Jung, 2010).

Un nuevo humanismo

La trayectoria por venir del pensamiento feminista no tendría que estancarse en un enfrentamiento eterno entre este movimiento y el patriarcado, sino que la evolución de ambos sexos debería desembarcar en un nuevo humanismo. Los dos necesitan de una «conversión»: ellos para recuperar su *ánima* per-

didá y volver a ser niños para comenzar allí donde se perdieron; y ellas para comprender que la dominación consiste en haber naturalizado abusos totalmente arbitrarios.

En torno al humanismo y al antihumanismo ha habido para todos los gustos. Desde el humanismo ingenuo de la Modernidad basado en la razón a los detractores de esa posibilidad, de Marx a Althusser, valedores de lo social frente al individuo. Sin embargo, Edgar Morin achaca a Freud su concepto cercenado del humano, al que considera fundamentalmente como *homo faber* o trabajador, sujeto de la revolución, «pero una política fundada en un hombre amputado, esquematizado, ideologizado, será una política amputada, esquemática, ideologizada, y realizará una obra extraña a los fines que se había propuesto» (Morin, 2002).

Mi propuesta es partir de un *humanismo radical* basado en lo que dicen determinadas corrientes de la ciencia sobre lo que es el *Anthropos*. En este sentido, me siento muy cercana a lo que Humberto Maturana y Francisco Varela (Escuela de Santiago) proponen desde la perspectiva biológica respecto a que fue la cooperación, el sentimiento de cercanía y de compartir lo que nos hizo humanos y nos llevó a un lenguaje articulado para una comprensión y comunicación entre nosotros, lo que Lynn Margulis sentenció con su famosa frase: «No es más fuerte el que combate, sino el que coopera». Este fue el origen de la *civilización madre*, aunque nuestra deriva histórica, al desgajarse de ese origen, provocó la muerte del humanismo y, por tanto, de aquello que nos hace humanos y de aquello que construimos como humanos. El colapso final del sistema, según Prigogine, no significa que todo dejaría de funcionar, sino que dejaría de funcionar como civilización humana, que parece perfilarse más que nunca en el momento actual con las propuestas del transhumanismo. Me recuerda a la frase que pronuncia Smith en *Matrix*, quien le dice a Neo mientras se enfrentan: «Cuando comenzamos a pensar por ustedes, se convirtieron en nuestra civilización». La civilización de la *matrix*.

Retornar a nuestro origen como humanos supondría rediseñar las bases de un *humanismo incluyente* que no hemos conocido. Nuestros varios humanismos han pecado de androcéntricos, eurocéntricos, cristocéntricos o tecnocéntricos buscando siempre un centro no real, acomodaticio o interesado. Por el contrario, la «civilización madre» actuaría como las células madre, susceptibles de crear cualquier tejido u órgano del cuerpo a partir de un nuevo patrón. Y, desde luego, no sería posible un humanismo incluyente sin las mujeres y sin lo que han hecho y hacen las mujeres.

El *feminismo* ha sido y es un camino necesario para comenzar a construir ese *humanismo incluyente*. A la mujer en el patriarcado le ha sido negada

la categoría de sujeto político, de protagonista de cualquier revolución, de sujeto autónomo de causa universal alguna, ya que el universal se considera masculino. Por eso, un verdadero humanismo ha de comenzar por restituir a las mujeres su papel en la historia, en la política, en la ciencia y en cualquiera de los campos en los que hasta ahora no han sido reconocidas como sujeto.

Sin duda que actualmente están surgiendo corrientes que propugnan ese nuevo humanismo a partir del concepto de *lo común*, llamado a desempeñar una nueva función constitucional de tutela de lo público tanto frente al poder privado como frente al Estado, según Ugo Mattei (2013). Desde que Elinor Ostrom, premio Nobel de Economía en 2009, comenzó a difundir sus estudios sobre *los commons* medievales, bienes comunes de la comunidad, hubo una gran explosión de investigaciones sobre el tema. En el mundo medieval, los bienes comunes constituían no solo una importantísima base de sustento para las clases campesinas y artesanas, sino todo un sistema político participativo de autogobierno de las poblaciones autóctonas. Fue en la Modernidad cuando los nobles comenzaron a apropiarse de las tierras y bienes comunes, cuyo origen lo podemos rastrear en los *enclosures* o «cercamientos» ingleses por parte de la nobleza, así como en la conquista del Nuevo Mundo, que propició el inicio de lo que Marx llamó la «acumulación capitalista» (Federici, 2010). Hoy, estos bienes comunes, como todo tipo de energías, las aguas, las tierras, los bosques y hasta el aire, están en manos de grandes corporaciones o de extraños «filántropos» que nos quieren salvar de nosotros mismos y, sin embargo, no nos extrañamos por tener que pagar por estos bienes, que nos pertenecen a todos solo por ser habitantes de este planeta. Incluidas las «patentes» de plantas naturales. Nos hemos acostumbrado a semejante despropósito.

Es precisamente el contrato social el que introduce el régimen de la propiedad privada, al que Spinoza se opone encendidamente, ya que formamos parte de un proceso que tiene como fundamento la Naturaleza, que no discrimina a unos individuos respecto a otros, por lo que Giorgio Agamben (1996) propugna una comunidad abierta y en devenir en el ámbito de una democracia que no solo sea una gestión del poder como es ahora, sino que incluya las vidas concretas de los individuos, según los postulados de Roberto Esposito (2009), muy cercano al lema feminista de «lo personal es político», que fue bandera para la lucha de las mujeres desde Kate Millet. También Jean-Luc Nancy (2001) propone ese ser-en-común, aunque lejos de la homogeneización y de los mitos identitarios. Y, por último, Marina Garcés será quien apunte que lo más radicalmente humano consiste en «ser-con» como punto de partida ontológico. Pero ese ser-con no es una abstracción

similar al «sujeto universal» o al «contrato social», sino que se conjuga con el «estar-juntos». Supongo que ese humanismo incluyente respondería a una de las sabias sentencias de mi amado y admirado Albert Einstein: «Solo una vida vivida para los demás tiene sentido».

Mi deseo es abrir una línea de pensamiento que pueda aportar alguna luz en estos tiempos de crisis, es decir, de oportunidad.

Fuentes y bibliografía

- Agamben, G. (1996): *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-Textos.
- Anónimo (1980): *Poema de Gilgamesh de Uruk*. Madrid: Biblioteca Nacional.
- Arendt, H. (2006): *Los orígenes del totalitarismo*, p. 488. Madrid: Alianza Editorial.
- Austin, J. (1981): *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós.
- Bohm, D. (1987): *La totalidad y el orden implicado*. Barcelona: Kairós.
- Debord, G. (1990): *La sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama.
- Eisler, R. (1990): *El cáliz y la espada*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

- Esposito, R. (2009): *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona: Herder.
- Federici, S. (2010): *Calibán y la bruja*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Garcés, M. (2013): *Un mundo común*. Barcelona: Bellaterra.
- Gimbutas, M. (2007): *Diosas y dioses de la vieja Europa*. Madrid: Siruela.
- Irigaray, L. (1974): *Spéculum de l'autre femme*. París: Éditions de Minuit.
- Julien, Ph. (2012): *Psicosis, perversión y neurosis. La lectura de Jacques Lacan*. Amorrortu.
- Jung, C. G. (2010): *Obra completa*, volumen 9 (I), p. 149. Madrid: Trotta.
- Kojève, A. (1975): *La dialéctica del amo y el esclavo*, p. 19. Buenos Aires: La Plèyade.
- Lacan, J. (1976): *Escritos I. La significación del falo*, p. 283. México: Siglo XXI.
- Mattei, U. (2013): *Bienes comunes. Un manifiesto*. Madrid: Trotta.
- Morin, E. (2002): *Introducción a una política del hombre*, p. 23. Barcelona: Gedisa.
- Nancy, J. L. (2001): *La comunidad desobrada*. Mar de Plata: Arena Libros.
- Sendón de León, V. (2019): *La barbarie patriarcal*. Ménades.
- Spengler, O. (2007): *La decadencia de Occidente*, tomos I y II. Madrid: Espasa Calpe.
- Watzlawick, P. (2007): *Cambio, formación y solución de los problemas humanos*. Madrid: Herder.